CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

39



El deporte de masas

Javier Olivares

Historia 16

295 ptas

historia 16

INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.

Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 y 327 10 94.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo, 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 368 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-373-1994

CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

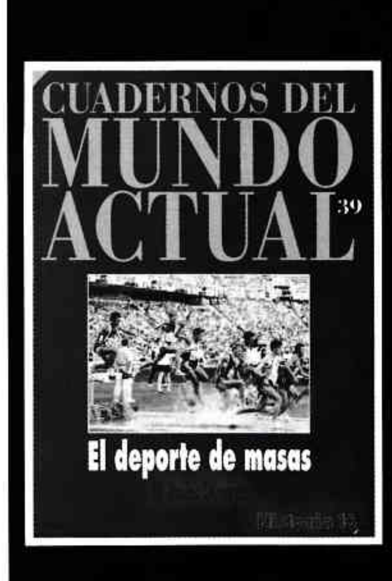
Universidad Complutense
UNED

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

INDICE

Deporte de masas

Javier Olivares



Final olímpica de los 3.000 metros obstáculos en Barcelona, 1992



Salida de una prueba de velocidad en una olimpiada. Los deportistas se han convertido en hombres-anuncio

Deporte de masas

Por Javier Olivares
Periodista

Si Pierre de Fredi, barón de Coubertin, levantase la cabeza, sería para sujetarla entre sus manos de asombro. El renovador del espíritu olímpico moderno concibió una reedición de la Olimpiada griega como la fiesta de la paz, la amistad y la comunicación entre los pueblos, sustentada en una independencia absoluta de la política y la perpetuidad del deporte aficionado. La política se deja ver con insistencia en el palco de los estadios, y el amateurismo se ha convertido en una forma más de ganar mucho dinero.

En la primera mitad del siglo XX varios campeones olímpicos fueron desposeídos de sus medallas e inhabilitados para participar en sucesivos Juegos por haber percibido remuneraciones económicas que se consideraron excesivas. Era un intento vano por mantener a los deportistas olímpicos lejos del dinero. Hoy, nadie se atrevería a quitar sus ocho medallas de oro a Carl Lewis, porque el éxito de la fiesta deportiva, tal y como se concibe actualmente, depende en buena parte de él.

Los tiempos han cambiado. El deporte es un fabuloso espectáculo de masas, una fiesta esperada por muchas personas, de la que dependen también muchas personas. Es un gran negocio, una ingente industria que genera dinero más allá del terreno de juego. Algunos estudios norteamericanos valoran el volumen de negocio anual que representa el deporte en 150.000 millones de dólares (unos 20 billones de pesetas). El presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, reconoce esa dependencia del deporte moderno: *La amenaza mercantilista a las Olimpiadas no procede de los atletas, tanto si reciben 10 dólares como 50.000 durante su carrera deportiva regular. El peligro está en que las federaciones deportivas pierdan independencia ante las televisiones, los promotores y los agentes.*

En efecto, del deporte dependen, por ejemplo, empresas de material y equipamiento deportivo, de comunicación, constructoras, agencias de publicidad y otras muchas áreas que de forma directa o indirecta están vinculadas al deporte. De un gol o un *record* dependen las ilusiones de muchos millones de personas, y el acierto de un árbitro puede justificar una campaña de publicidad.

Los artistas del deporte, los ídolos, se han convertido en hombres-anuncio que generan pingües beneficios. Hoy, el deportista puede vivir, y muy bien, de su privilegiada forma física. Pocos son los que abandonan su especialidad a los treinta años para sacar

adelante a su familia. Se eternizan en el vestuario exprimiendo su talento. Algunos ganan tanto dinero que se permiten protagonizar episodios insólitos. El norteamericano Michael Jordan, por ejemplo, abandonó la NBA, la liga profesional de baloncesto, en 1993, cuando sólo tenía treinta años. Para unos era el mejor jugador de la historia. Sumido en una depresión desde el asesinato de su padre, renunció a las posibilidades de engordar su cuenta corriente y su vanidad: encabezaba, por segundo año consecutivo, el *ranking* que la revista norteamericana *Forbes* elabora anualmente sobre las ganancias de los deportistas de elite: en su último año profesional, se embolsó 5.040 millones de pesetas, 4.480 de ellos procedentes de la publicidad. Ahora mata su insaciable vocación deportiva en los Medias Blancas de Chicago, un equipo de béisbol profesional que lo mantiene de suplente.

La mercantilización del deporte de masas ha cambiado muchas cosas también en el deporte aficionado, no sólo en disciplinas superprofesionalizadas como la NBA. El atletismo, máxima expresión de la lucha del hombre contra los elementos naturales (correr, saltar y lanzar son una constante en la historia humana), dista mucho de ser lo que fue en tiempos de la Grecia clásica. El nuevo concepto del deporte ha hecho a Carl Lewis, el mejor atleta de todos los tiempos y el más profesional de los atletas aficionados, ganar nada menos que 420.000 pesetas por zancada. Los organizadores de una carrera que le enfrentó en la prueba de los 100 metros lisos a su máximo rival, el británico Linford Christie, en julio de 1993 en Gateshead (Inglaterra), ofrecieron *bolsas* de 21 millones por barba. No es mucho. En Yakarta (Indonesia), una carrera urbana de 10 kilómetros premia con 70 millones de pesetas el *record* del mundo de la distancia.

Pero ambos ejemplos no son los únicos que ruborizarían al barón de Coubertin por la profesionalización del *amateurismo*, término importado que define —o trata de definir con dudoso éxito— el deporte aficionado, sobre todo el olímpico. Incluso en países más austeros como los del extinto Telón de Acero, se empieza a sacar partido del sudor, más allá de las medallas. El hombre que más salta ayudado de una pértiga, el ucraniano Sergei Bubka, dosifica sus *records* mundiales para obtener su jugo, centímetro a centímetro: cada vez que lo consigue, y lleva más de 30 desde 1985, su bolsillo engorda al menos en cinco millones de pesetas.

En otros deportes genuinamente olímpicos y en teoría aficionados, como la natación, la evolución de esa hegemonía del pecunio sobre el podio es más lenta, pero también se impone. Los norteamericanos Matt Biondi y Tom Jager han cambiado a base de plantes el concepto estrictamente deportivo de la competición. Primero consiguieron incluir la prueba de los 50 metros libres en el programa olímpico, en la que ambos eran especialistas. Luego idearon el *fijo* económico de salida, que ya existía en otros deportes. El nadador profesional entrena al

Juan Antonio Samaranch



El máximo responsable del olimpismo vive por y para el deporte desde la adolescencia. La primera vez que salió con su mujer, Bibi Salisachs-Rowe, fue para acudir a una competición de gimnasia. Se casó el año siguiente a su elección como miembro del Comité Olímpico Español, en 1954. Doce años después entró en el Comité Olímpico Internacional, y accedió a la presidencia en 1980. Su gestión, que algunos llaman *perestroika*, ha debido luchar contra el hermetismo de muchos de sus miembros, anclados aún en las ideas del barón de Coubertin, del siglo pasado. Con Samaranch se ha admitido a los deportistas profesionales en los Juegos. Se ha incrementado el *marketing* para dotar al COI de una base segura. Se han estabilizado las relaciones Este-Oeste. Ha intensificado la lucha contra el *dopaje* desde el *caso Johnson*, en Seúl 88. Se ha readmitido a Suráfrica, relegado del COI por la política de *apartheid* de este país. A Samaranch sólo le faltan por conocer 7 de los 172 comités nacionales adscritos al COI: en 14 años de mandato ha recorrido más de tres millones de kilómetros. Tiene 74 años con mentalidad y vitalidad de atleta.

menos seis horas diarias —tres veces más que el futbolista más sacrificado—, nunca nada menos de 10.000 metros cada día, y eso, dicen, hay que pagarlo. Ambos encabezan el *ranking* de *caché* que exigen sus representantes por participar en encuentros amistosos. Se les contrata, como al atleta Carl Lewis, como al cantante Frank Sinatra, para dar espectáculo, y su presencia es garantía de fuertes ingresos en taquilla para el organizador. El español Martín López Zubero, ganador de dos medallas en los Juegos de Barcelona, vive, estudia y se entrena en Florida (Estados Unidos), pero no hace ascos a participar en reuniones de natación como la de Ordizia (Guipúzcoa). Nadie duda que no viene gratis. Le cuesta más estar presente en los campeonatos nacionales.

El dinero ya no es, por tanto, exclusivo del fútbol, aunque en esto también sigue siendo el deporte rey. Diego Armando Maradona, para muchos el mayor virtuoso del balón de la historia, cobró casi 600 millones de pesetas en su última temporada en activo, en el Sevilla. Los dirigentes del club andaluz reconocen que la operación, con ser costosa, les reportó beneficios: la sola presencia del astro argentino se tradujo en llenos en el estadio domingo tras domingo. Y las televisiones preferían en ocasiones retransmitir cualquier encuentro de la jornada.

En concepto de fichajes, en cambio, el de Maradona por el Barcelona hace doce años, no es hoy más que una reliquia estadística. Los 800 millones, de los de 1982, que pagó el club catalán por el entonces emergente *Pelusa,* resultan hoy irrisorios frente a los 4.000 que pagó el Milan del magnate italiano Silvio Berlusconi en 1992 por el futbolista turinés Gianluigi Lentini. Su rentabilidad, de momento ha sido nula: ha estado más de un año convaleciente, no de una patada, sino de un accidente de tráfico.

Cambia la ley, siguen las reglas

Dinero llama a dinero. No hay partidos amistosos, ni exhibiciones benéficas, ni intentos de batir *records* por amor al arte. Esa espiral económica ha afectado al estado de salud del deporte y a su espíritu fundacional. La importancia del dinero para los clubs de fútbol y baloncesto ha obligado a las autoridades deportivas españolas a redactar una ley que convierte los clubs deportivos profesionales en sociedades anónimas (SA), para que los propios directivos y empresarios representados en su consejo de administración respondan con su patrimonio de la deuda creciente de ambos deportes. En el caso del fútbol, el 30 de junio de 1992, cuando expiraba el plazo de conversión en SA, el fútbol español tenía un pasivo de 30.000 millones de pesetas. La contratación de jugadores extranjeros superpagados, la costosa construcción de instalaciones deportivas, la gestión basada en criterios del deporte aficionado, y los escasos ingresos de taquilla, llevaron a muchos clubs al borde de la desaparición. La financiación del fútbol procede de las taquillas, los derechos de televisión y el patrocinio comercial de empresas privadas. Una pequeña aportación de la popular quiniela redondea el presupuesto de los clubs. No siempre es suficiente.

En baloncesto, el problema ha sido en algunos casos más acuciante. La americanización de las normas, en una presunta búsqueda del espectáculo, ha permitido contratar un jugador extranjero más —ahora se permiten tres, el 60 por 100 el equipo—, y la disputa de una liga más igualada ha incrementado la emoción en países como Grecia, Italia, Turquía y España. En este país, grandes clubs como el Real Madrid y el Barcelona, con secciones dentro del club matriz de fútbol, ha homologado los sueldos de los jugadores de ambos deportes, y a sus directivos no les salen las cuentas: el mejor aforo concentra a 12.000 espectadores, insuficiente para mantener el sueldo a jugadores como el lituano Arvidas Sabonis, del Real Madrid, que percibe al año unos 200 millones de pesetas. Compañeros suyos como Antonio Martín y José Biriukov han visto reducida su nómina a la mitad para continuar en el equipo.

El incremento del presupuesto destinado a este deporte ha permitido a los clubs contratar también a entrenadores de prestigio, americanos y europeos.

La fórmula casi siempre da sus frutos. Gracias al dinero, España también consiguió preparar con garantías los Juegos de Barcelona, en el quinquenio previo a 1992. La presencia de técnicos yugoslavos, rusos, lituanos, cubanos, húngaros, chinos, para deportes minoritarios que tenían poca opción en la gran cita olímpica, ayudó a conseguir las 22 medallas de los deportistas españoles. Tiro con arco, boxeo, piragüismo, waterpolo, judo... contaron con presencia

extranjera en el banquillo y con instalaciones apropiadas. Un total de 12.000 millones de pesetas destinó el programa ADO (Asociación de Deportes Olímpicos) en la financiación de la preparación de los deportistas españoles para los Juegos de 1992: un peculiar sistema de mecenazgo atribuyó cada especialidad a una empresa, que se ocupó de su respaldo económico. La cita olímpica española era un reclamo interesante para la firma, y la repercusión se traducía en la cuenta de resultados.

Carisma y beneficios

El deporte aficionado que preconizaba el aristócrata Coubertin, no conserva, por tanto, sus principios inmaculados. Su importancia publicitaria no sólo es aprovechada por las firmas comerciales. Muchos políticos también han adivinado a lo largo del siglo XX el suculento beneficio que podía representar para su carisma la utilización de grandes acontecimientos deportivos con fines más o menos perversos. Silvio Berlusconi ha utilizado el equipo de fútbol del Milan para presentarse a las elecciones italianas. Jesús Gil, presidente del Atlético de Madrid, nunca ha negado que la popularidad de su cargo lo catapultó a la alcaldía de Marbella (Málaga).

El interés no es nuevo. Desde su origen en Grecia, los Juegos de la antigüedad trataron de discernir entre deporte y política: una *tregua de los dioses* prohibía atacar a la ciudad-estado que organizaba los juegos. Así se preservaba la inviolabilidad de la sede y su aislamiento de todo interés bélico y político.

Pero el interés propagandístico, la condición de escaparate que siempre ha acompañado a cada edición de los Juegos ha activado la codicia de los especuladores. Un ejemplo cercano en la historia es Adolf Hitler, que pretendió utilizar los Juegos Olímpicos de Berlín, en 1936, como aldabonazo de la raza aria. Un atleta negro norteamericano, Jesse Owens, ganador de cuatro medallas de oro sobre pistas de ceniza, echó tierra al intento del *Führer* de llenar los podios de rubios alemanes.

Hay múltiples vertientes de esa acepción. En España, el franquismo aprovechó goles como el de Marcelino a Rusia, en 1964, o el de Zarra a Inglaterra, en 1950, para exaltar la furia española y el concepto de patria. La victoria de *Paquito* Fernández Ochoa en los Juegos Olímpicos de Sapporo, en 1972, tan inesperada como fructífera para el régimen, representó el mejor *slogan* sobre el esquí para las autoridades deportivas españolas.

Las dictaduras no desestiman la oportunidad que representa un acontecimiento deportivo para consolidar su legitimidad. El gobierno del general Jorge Rafael Videla se apropió del éxito de la selección argentina de fútbol de Mario Kempes, con tanto entusiasmo como en la calle los aficionados aprovecharon el trasfondo social de la victoria. El objetivo de ambas celebraciones era bien distinto. Fidel Castro, el presidente de Cuba, aprovecha los éxitos del atleta Javier Sotomayor, *recordman* de salto de altura, y de sus jugadores y jugadoras de voleibol y baloncesto, embajadores principales del deporte cubano en el mundo, para diluir las penurias económicas que atraviesa la isla caribeña, entre el embargo exterior y el aislamiento interior.

El fenómeno no escapa a los regímenes democráticos. Con el gobierno socialista ya maduro, en 1986, en la repetición de los goles de Butragueño contra Dinamarca en el mundial de México apareció, sobreimpresionado de forma *casual* en Televisión Española, el puño y la rosa del logotipo del partido, lo que algunos interpretaron como manipulación propagandística.

Es el fútbol un fenómeno *goloso* que trasciende el pitido del árbitro. En 1969, un partido entre Honduras y El Salvador por la clasificación para el Mundial de México 70 suscitó incluso un conflicto bélico: ganó El Salvador, y los hondureños invadieron el país vecino. La guerra duró una semana, gracias a la intervención de la Organización de Estados Americanos.

Cuanto más importante es el acontecimiento, mayor es la posibilidad de altercado, por los intereses políticos y comerciales que giran en torno al deporte.

Los trabajadores en huelga interrumpen la Vuelta Ciclista a España; simpatizantes de ETA irrumpen en espectáculos deportivos; las giras del equipo surafricano de rugby son seguidas por manifestantes que se oponen al régimen de *apartheid* (de segregación racial) impuesto en su país. El deporte es un buen escaparate para algunos objetivos: en los años de la transición española, entre 1975 y 1982, hubo dos amenazas de bom-

Miguel Induráin durante una etapa contrarreloj del Tour de Francia (arriba). Los componentes del equipo español de fútbol en las Olimpiadas de Barcelona celebran el tercer gol que les dio la medalla de oro (abajo)

ba en partidos de baloncesto celebrados en Vitoria, y dos atentados, en Valencia y Tolosa, en partidos de fútbol. El ritmo ha decrecido con los años, aunque aún en 1993 se desactivó un coche-bomba de ETA en las proximidades del estadio Vicente Calderón, del Atlético de Madrid.

Pero a veces el deporte consigue lo que no logran los votos. Más allá del Telón de Acero, desde la Segunda Guerra Mundial no sólo ha sido una forma de legitimar gobiernos más o menos totalitarios. También fue un instrumento de ascenso social. Para las mujeres, casi el único. Para una joven de Chescoslovaquia o la URSS, el deporte era una forma de vida, una dedicación exclusiva que perseguía el éxito, a veces a cualquier precio. Muchos atletas preferían ingerir sustancias prohibidas para mejorar sus marcas con tal de conseguir un apartamento. Todavía continúa hoy el goteo de casos de *dopaje*, hasta hace poco sólo sospecha, promovido por entrenadores de postín de campeones olímpicos o mundiales, en las extintas RDA o la URSS.

Los dirigentes comunistas vieron en el deporte una forma más de triunfo sobre Occidente. El bloque del Este no entró a formar parte en los Juegos Olímpicos hasta los de 1952, en plena guerra fría. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en la URSS se consideraba a los Juegos Olímpicos como un acontecimiento *burgués*, que era preciso humillar. En 1952, la URSS perdió con Yugoslavia en el campeonato de fútbol de los Juegos, lo que llevó a Stalin a pedir explicaciones a Tito. La URSS acabó con el mismo número de medallas que Estados Unidos, y la ceremonia de celebración para el equipo soviético fue cancelada. Todavía hoy algunos miembros del equipo olímpico de 1952 no han recibido su medalla.

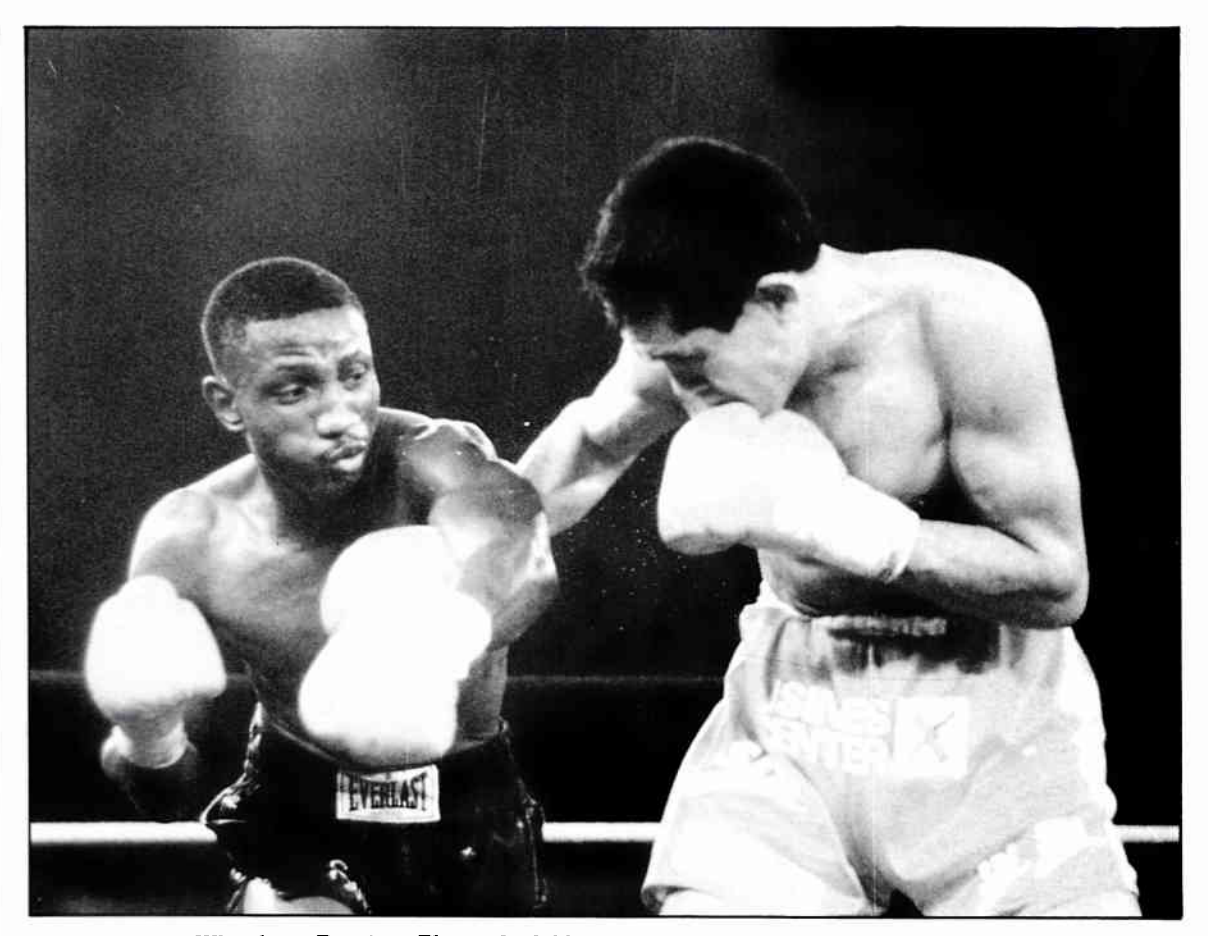
El poder del deporte lo ha convertido incluso en la única forma de acercamiento entre los dos bloques en varias etapas del siglo XX. Pero también de distanciamiento. Dos de los episodios más tristes en la historia del olimpismo son recientes: los boicots de Moscú 80 y Los Angeles 84 entre las superpotencias y sus aliados.

En Moscú no estuvo la delegación de Estados Unidos, que pretendía obtener una respuesta política a la invasión de Afganistán por los soviéticos. El asunto encerraba también uno de los más estrepitosos síntomas de ignorancia de la clase política sobre el deporte. A comienzos de 1980, apenas seis meses antes del comienzo de los Jue-

Diego Armando Maradona



La mayor industria de *marketing* deportivo nació en el barrio bonaerense de Lanús, humilde hasta el raquitismo, en una familia con siete hermanos. Tomó el primer balón de fútbol que le regalaron como herramienta de trabajo, y diez días antes de cumplir los 16 años, en octubre de 1976, debutó en primera división con Argentinos Juniors. Desde entonces, su habilidad movió y conmovió a muchos intermediarios y asesores que diseñaron una biografía convulsa, digna de telenovela, que incluye paternidades atribuidas a Italia. Jugó en Boca Juniors, el equipo más representativo de Argentina; en el Barcelona inestable de los primeros 80; en el Nápoles, donde revitalizó el profundo sur italiano. Consiguió todos los títulos: un mundial de selecciones, dos ligas y una copa italianas, una liga argentina, una copa de España y una copa de la Uefa con el Nápoles. Pero en la ciudad italiana, entre depresión y depresión, sucumbió a los perniciosos encantos de la cocaína: en 1991 fue condenado a dos años de sanción y reincidió en su país, donde se le detuvo por tenencia y consumo de drogas. El Sevilla le tendió una mano para recuperarse, y jugó en España una discreta temporada. En el ocaso de la carrera, jugó siete partidos en el Newell's Old Boys, de Rosario (Argentina), antes de protagonizar la enésima *espantá*. Los periodistas, que siguen acudiendo al reclamo del jugador, fueron recibidos con disparos de fogueo por el astro argentino, poco animado en vísperas del Mundial de Estados Unidos. El mejor recuerdo de su talento, a pesar de tanto incidente, son los dos goles que consiguió frente a Inglaterra en el Mundial de México. Uno, tras sortear a varios ingleses en una carrera de 50 metros y otro con la mano: *Era mano de Dios*, dijo.



Combate entre Whitaker y Ramírez. El mundo del boxeo maneja, ya desde hace años, cifras supermillonarias

gos, el presidente norteamericano James Carter, y la primera ministra británica Margaret Thatcher, sugirieron cambiar de sede la organización olímpica, que en esa edición tenía a 10.000 atletas de 160 países inscritos. Hay quien insinúa que Estados Unidos y Gran Bretaña no se echaron atrás en su decisión de boicot por no admitir lo descabellado de su proposición.

Cuatro años después, en Los Angeles, no estuvieron la URSS y sus países aliados, aduciendo razones de seguridad, aunque el trasfondo era propagandístico: la revancha política de la edición precedente.

El boicot es una figura tristemente frecuente en la historia próxima. Nadie ha hecho boicot al movimiento olímpico o sus fundamentos, pero son varias las renuncias por motivos políticos. El país o grupo de países que no comparece pretende poner de manifiesto las contradicciones del país anfitrión con el ideal olímpico de paz y convivencia que se presupone al acontecimiento. Así tratan de contrarrestar el impagable componente propagandístico que revierte en el organizador.

España, el Gobierno de la República, decidió no acudir a los Juegos nazis de Berlín, en 1936. Y tampoco a los de Melbourne, en 1956 (junto con Suiza y Holanda), por la invasión soviética de Hungría. Egipto, Irak y Líbano, en cambio, no fueron en protesta por la ocupación del canal de Suez. Indonesia y Corea del Norte se retiraron en Tokio 64 porque China fue invitada a competir en Yakarta. Y Corea del Norte y Cuba, reductos comunistas en el planeta, no desfilaron en Seúl 88.

Hay otras versiones de renuncias, de las que también existen ejemplos. El *boicot* racial ha sido el único prejuicio estatal que ha llevado al Comité Olímpico Internacional a excluir de unos Juegos a un país. Sudáfrica ha estado excluida de la mayor fiesta del deporte por practicar el *apartheid.*

Los desagravios raciales también motivaron el boicot que los partidos africanos, árabes y del Caribe hicieron a los juegos de Montreal, en 1976, en protesta por la participación de un equipo de rugby de Nueva Zelanda en Sudáfrica. Aunque el rugby no es deporte olímpico, los países negros pro-



La atleta Florence Griffith que en las Olimpiadas de Seúl 88 pulverizó el récord mundial de 200 metros

testaban porque el país oceánico no fue excluido de los Juegos.

Armas de mujer

El barón de Coubertin es personaje ineludible en cualquier manual de historia olímpica moderna. Su concepción del olimpismo revolucionó en muchos sentidos el organigrama impuesto por la historia hasta entonces. Pero no en todo acertó. En las memorias de sus discursos aparecen flagrantes equivocaciones, no exentas de conservadurismo. Sobre la participación femenina llegó a decir: *La presencia de las mujeres en el estadio resulta antiestética, poco interesante e incorrecta, salvo para la función que les corresponde: coronar al vencedor con las guirnaldas del triunfo.*

Ellas se han encargado de ridiculizar semejante declaración. La presencia femenina no sólo no es antiestética, sino que resulta atractiva para los objetivos fotográficos: en la última década aparecen los ejemplos de la alemana Katrin Krabbe, la jamaicana Merlene Ottey y la norteamericana Florence Griffith, que pulverizaba *records* embutida en llamativos *bodies.* Fuera de las pistas de tartán, las tenistas Gabriela Sabatini y Steffi Graf cosechan victorias sin desmerecer en potencia los bolazos de sus colegas masculinos y sin perder un ápice de sus evidentes encantos femeninos.

Siempre se ha dicho que las fortísimas nadadoras de la RDA, presuntas ayudas externas al margen, ganarían al 90 por 100 de los nadadores de competición. En pruebas largas, como la travesía a nado del canal de la Mancha o los cuatro kilómetros que exige el triatlon *Ironman* (una prueba *salvaje* de reciente creación que añade a la natación 180 kilómetros en bicicleta y una maratón consecutivos), las distancias entre la primera mujer y el primer hombre son escasas.

Poco a poco, con la evolución del concepto de ocio en los países desarrollados, el sexo femenino se abre paso para que otros *les pongan las guirnaldas.* Todavía en muchos países, como Gran Bretaña, el número de hombres que hacen deporte duplica al de mujeres, pero las diferencias físicas, con ser evidentes, remiten.

Hay quien sitúa el origen de esta desventaja en Grecia, donde la mitología otorgaba a los dioses las cualidades masculinas de fuerza, vigor y actividad, y a las diosas, otras como belleza y sexualidad. En los Juegos estaba prohibida la presencia de mujeres, pero en algunas culturas antiguas se prestaba igual atención a la preparación física femenina que a la masculina. En Esparta, por ejemplo, se pretendía por ello que fueran madres de varones fuertes.

Hay constancia de la presencia femenina en juegos deportivos populares y actividades cinegéticas en la Edad Media. El siglo XIX, en la Inglaterra victoriana supuso un fuerte parón en esta evolución de la entrada de la mujer en el deporte de masas. Los sesudos responsables deportivos de las islas estaban convencidos de que la actividad física masculinizaba a las mujeres (era, por tanto, peligrosa para su salud) y de que ellas no estaban interesadas en el deporte. Cuando lo hacían no se les podía tomar en serio, pues no lo ejecutaban bien.

Poco a poco la permisividad social con determinados experimentos ha aumentado. Se consiente que las mujeres, sobre todo las de clases privilegiadas, participen en algunos deportes sin excesiva dedicación. Con el auge del deporte de competición como espectáculo de masas, y la presión de los movimientos feministas en las revolucionarias décadas de los 60 y los 70, la mujer se ha ido abriendo puertas en cada vez más disciplinas deportivas en principio lejanas de su condición de mujer.

Lo han tenido más fácil en la historia reciente los deportes que presentan el cuerpo femenino en actitud estéticamente agradable, que utilizan un artilugio para facilitar el movimiento, como el tenis. Se han rechazado frecuentemente los deportes que implican contacto, como el karate, el boxeo o el rugby.

Sólo hay una federación, la de gimnasia, que supera el 50 por 100 de licencias femeninas, según un estudio de Manuel García Ferrando, de 1981, que no ha cambiado mucho hasta hoy. Le siguen, sin llegar a igualar el número de licencias masculinas, el voleibol y los deportes de invierno. A principios de los años 80, había nueve deportes sin ninguna licencia femenina: billar, boxeo, caza, colombicultura, fútbol, halterofilia, pesca, rugby y salvamento y socorrismo. Hoy, pocas son las que permanecen en blanco.

Las mujeres hace ya años que comenzaron a considerar el deporte una profesión exigencia de la alta competición. Hay ejem-

plos frecuentes. La dedicación hace a las gimnastas renunciar a muchas cosas. Las componentes del equipo femenino español de gimnasia se recluyeron en un chalé de La Moraleja (Madrid) para preparar los Juegos de Barcelona 92. Era una reclusión, en estudios, en ocio y en todo: realizaban entre 4.500 y 5.000 abdominales diarias. Pero las gimnastas no lo consideraban duro. La propia Eva Rueda, una de las mejores del campeonato —fue séptima en la final de la modalidad de saltos— reconocía turbada ante su inminente retirada, con sólo 20 años: *No creo haber sacrificado nada en mi vida. Entre otras cosas porque tampoco conozco a mucha gente fuera de esto. He sido y soy feliz así, y quiero seguir vinculada a la gimnasia como entrenadora.*

Nada más retirarse, la gimnasta crece entre 4 y 5 centímetros al año con sólo cambiar la alimentación. Durante su carrera no prueban las grasas, lo que retrasa su desarrollo como mujer: algunas no sufren el primer transtorno menstrual hasta los 19 años.

No hay, por tanto, diferencias notables en la entrega profesional a su especialidad. Tampoco existen grandes divergencias en la prestación física de ambos sexos. Recientes estudios biomecánicos aprecian un progresivo acercamiento entre las curvas de progresión de los *records* femeninos y masculinos de atletismo. Hace unos años, en todas las pruebas que median entre los 800 metros y el maratón, la diferencia estaba en torno al 11,5 por 100. Hoy, la diferencia entre hombres y mujeres se ha reducido al 10,5 en la prueba de 1.500 metros, el 8,3 en los 3.000 y el 9,5 en los 10.000. Parece que los hombres están más cerca de su techo físico que las mujeres, sobre todo en las distancias largas. Registros como el de la norteamericana Florence Griffith en Seúl 88 en la final de los 100 metros (10,49) pisan los talones a los masculinos; en esa misma distancia, Carl Lewis tiene el *record* del mundo en 9,86 segundos, sólo 63 centésimas menos que *Flo.* Otros son más sospechosos, como el de la checa Jarmila Kratochvilova, que desde 1983 ostenta el *record* de los 800 metros en 1.53.28, a sólo 12 segundos del británico Sebastian Coe, con 1.41.73. La apariencia de la atleta del Este, excesivamente musculada y con vello poco frecuente en otras atletas, ha hecho sobrevolar sobre su asombroso *record* la sospecha *de dopaje.*

El de Griffith, en 1988, significó cierto techo en la progresión femenina. Tras el positivo del canadiense Ben Johnson en el control *antidopaje,* al que privaron del *record* del mundo que había obtenido fraudulentamente por consumo de anabolizantes, Griffith se retiró de puntillas para ejercer de modelo. No falta quien asegura que esa retirada, al ver las orejas al lobo, era una forma de reconocer su culpabilidad. Su marcha coincidió con un capricho cronológico: las mujeres, desde aquel momento, dejaron misteriosamente de batir *records.*

El parón lo han aprovechado las españolas para acercarse a los registros internacionales. Durante 1991, por ejemplo, se batieron 24 *records* de España femeninos. Sandra Myers, *la española de Kansas,* pulverizó cinco. Margarita Ramos, lanzadora de peso, cuatro, y María José Mardomingo, *recordwoman* de 100 metros vallas, tres. Otro dato, independiente de las competidoras foráneas, que habla de la mejora de las competidoras españolas: en 14 años, de 1978 a 1992, en la prueba de maratón se ha rebajado en 80 minutos el *record* nacional. Fuera de España, en cambio, los retrocesos de las mujeres se plasman en dos metros menos en lanzamiento de peso, cinco en disco y diez en jabalina en el mismo período.

El atletismo femenino no reaccionó hasta el otoño de 1993, cuando emergió una potencia latente: China. En los juegos nacionales chinos, la joven Wang Junxia batió el *record* de los 10.000 metros por 42 segundos, algo insólito. Tres días después, igualó el *record* de 1.500 que batió su compañera Qu Yunxia, y mejoró dos veces el de 3.000 metros en 10 y 6 segundos, respectivamente. El *record* de 3.000 metros, 8.06.13 pertenece a una escala de valores casi masculina: el español Enrique Molina tiene el mejor registro nacional en 7.42.38, apenas 24 segundos menos. Junxia y Yunxia no son familiares, pero se han puesto de acuerdo para asestar un recorte a los *records* y entrar de la mano en el *palmarés.*

En todas las pruebas *antidopaje* realizadas no se han encontrado evidencias de que las atletas de porcelana ingieran sustancias prohibidas. Si acaso, las papilas gustativas podrían prohibir tragar los tónicos que elabora su entrenador Ma Junren con la sangre de orugas y tortugas. Algunos atletas keniatas, reyes del fondo y el medio fondo, tienen su secreto en una pócima a base de sangre de vaca y oveja y unos tizones de leña ardiendo, mezclados con calabaza. Pero, a diferencia de los negros, sobre los *records*



Los* tifosi *italianos mezclan con frecuencia el fenómeno nacionalista, el racista y el enfrentamiento norte-sur

de las chinas vuelve a planear la sombra de la duda.

Junren pone la mano en el fuego y el cuerpo en la tumba para demostrar su inocencia y la deportividad de sus pupilas: *que me muera si he visto estimulantes en mi vida,* dijo. Además de los peculiares métodos del entrenador, el éxito es consecuencia de la planificación del gigante del Este. Con el objetivo de lograr la organización de los Juegos del año 2000 para Beijing (antes, Pekín), las autoridades deportivas chinas habían enclaustrado a 50.000 adolescentes sometidos a duras sesiones de entrenamiento, para lograr medallas en su casa. Los Juegos del año 2000 se irán a Sydney (Australia), pero hay quien pronostica que antes habrá más insólitas rebajas a la tabla de récords femeninos.

Cuestión de principios

En principio, existe una serie de características físicas que distinguen a un *atleto* de una atleta, más allá de la evidencia formal, como explica el jefe de los servicios médicos de la Federación Española de Atletismo, José María Villalón:

— Las articulaciones masculinas son más fuertes, consecuencia de una mayor capacidad de tracción en los tendones. Las mujeres, en cambio, disfrutan una hiperlaxitud ligamentosa que beneficia la práctica de deportes como la gimnasia.

— El atleta tiene una mayor estabilidad mental. Pero está en desventaja ante las reacciones más rápidas en los centros motores y neurovegetativos de la mujer, lo que le permite una mayor coordinación.

— El hombre tiene una menor frecuencia cardíaca basal que la mujer, y un consumo máximo de oxígeno mayor. La mujer tiene una caja torácica menor.

— Las fibras musculares del hombre almacenan más proteínas. Tienen un 40 por 100 de tejido muscular (33 por 100 en la mujer) y un 10 por 100 de tejido adiposo (17 por 100, ellas). Todos estos parámetros pueden variarse con el entrenamiento, advierten los especialistas.

El debate no se centra en una ingenua y absurda guerra de sexos, sino en conocer el

techo de la mujer en el deporte de elite. Experimentos en este sentido, realizados, por supuesto, en Estados Unidos, se han saldado con la imposición de cierta lógica. Hace unos años, el enfrentamiento entre los tenistas profesionales Martina Navratilova y Jimmy Connors, aunque se adaptaron las reglas del partido a una mayor aproximación de las posibilidades de ambos, terminó con la victoria holgada de *Jimbo.*

La asignatura pendiente

La progresión de las atletas chinas reabre el debate sobre el *dopaje*, la asignatura pendiente más veces suspensa y aplazada por los responsables del deporte. Unas veces por desinterés de los propios directivos, otras por verdadera maestría del deportista en el manejo de las trampas. En los últimos seis años, el progreso ha remitido, al menos en el deporte rey, el atletismo. Sobre todo tras la publicidad de dos casos ilustres, de ambos sexos: el canadiense Ben Johnson, que consiguió un registro *imposible* en los Juegos de Seúl gracias a los anabolizantes, y la alemana oriental Katrin Krabbe.

En el caso de Johnson había premeditación: reconoció que llevaba consumiendo esteroides androgénicos desde 1981. *He tomado pastillas de todos los colores,* dijo al juez. En aquel año, su marca en los 100 metros lisos se recortó de 10,62 a 10,25 segundos. La Federación Internacional de Atletismo, que había sospechado desde que Johnson cayó en manos del entrenador Charlie Francis, *El químico,* desposeyó al forzudo canadiense de *records* y medallas con carácter retroactivo, desde 1984. Poco le importa. La publicidad que le ha dado el caso ha permitido al canadiense vestirse y probar como jugador de fútbol europeo y de fútbol americano. Cada camiseta que se enfunda es un puñado de dólares.

Gracias al *caso Johnson* se sabe que el mercado negro de los anabolizantes mueve, sólo en Estados Unidos, al menos 10.000 millones de pesetas anuales que dan lucro y dudoso prestigio a laboratorios como el del ex atleta británico David Jenkins, que surtió desde México a los atletas norteamericanos hasta que fue detenido en 1988: controlaba el 70 por 100 del tráfico.

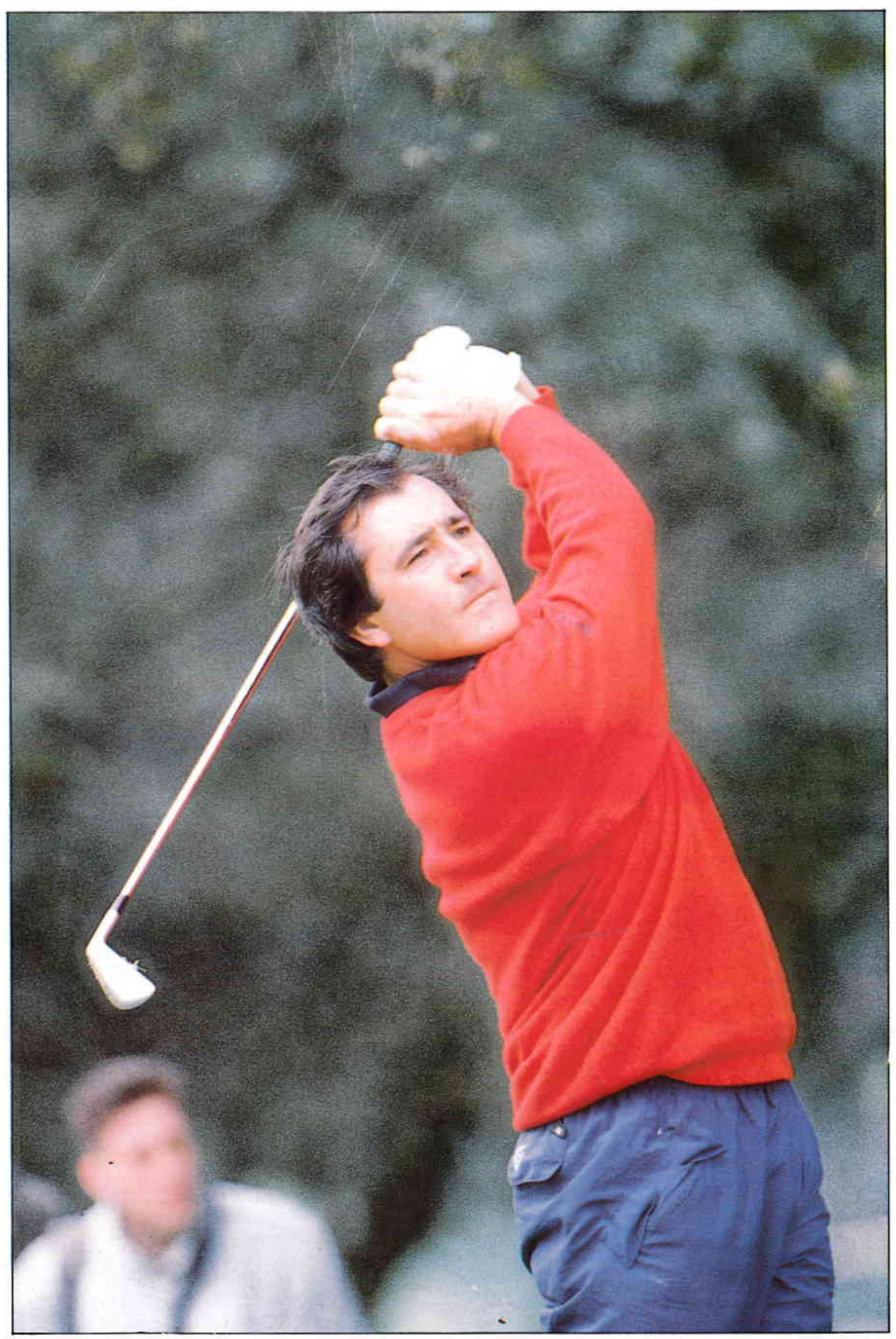
El caso de Krabbe es un desliz de la picaresca. En el cambio de unas muestras de orina, en un control *antidopaje* por sorpresa en Suráfrica, en enero de 1992, se le detectó clembuterol, sustancia que algunos ganaderos suministran a las vacas para aumentar su volumen muscular. Los expertos especulan con el método empleado, seguramente de forma apresurada: se habla de unas bolsas con orina introducidas en la vagina que la propia atleta vacía al miccionar en el control *antidopaje.* Un depósito de la forma y tamaño de un tampón permitiría a la atleta correr incluso con el invento.

La repercusión de estos dos casos, que se han saldado con contundentes sanciones de cuatro años para ambos —a perpetuidad para Johnson, por ser reincidente— ha espantado a todas las especialidades. En halterofilia, antes de que en 1988 se hiciera el control obligatorio, se lograba una media de 30 ó 40 récords del mundo anuales. Desde entonces el goteo es escaso. En otras especialidades, como el tenis, el automovilismo y el motociclismo, los controles no son obligatorios. En el ciclismo, el deporte más duro que existe, según los expertos, se realizan controles, pero las sanciones parecen ridículas frente a las que se imponen en atletismo. El positivo de un ciclista significa cuatro meses de sanción, que puede cumplir en vacaciones, y a Katrin Krabbe los aficionados no volverán a verla en el podio, salvo que su entrenamiento en estos años de descanso haya suplido la ausencia de las sustancias prohibidas.

El caso de Krabbe es uno más en la larga lista que el atletismo femenino ha conocido en los últimos veinte años. En su afan por lograr el éxito, más allá del Telón de Acero, valía casi todo. Atletas rusas y alemanas llegaron a quedarse embarazadas por inseminación artificial dos meses antes de las competiciones, pues la secreción de hormonas para favorecer el crecimiento del feto les permitía hacer las mejores marcas en el torneo o campeonato. Un sencillo aborto terapéutico acababa con el proceso.

Pero la antología de las trampas es tan variada como extensa. El caso de Krabbe y sus compañeras Silke Möller y Grit Breuer fue un simple error de falta de previsión: las muestras de orina de las tres atletas eran iguales.

Hay quien ha denominado a la extinta RDA *República del Doping de Alemania.* El semanario alemán *Der Spiegel* ha publicado varios reportajes de investigación desmantelando en los últimos años la trama de la re-



Ballesteros ha logrado interesar por el golf a un país donde apenas hay agua para mantener sus campos

pública oriental en materia deportiva desde la Segunda Guerra Mundial. El gobierno resultó implicado en programas de *dopaje* que abarcaba el uso del *Oral Turinabol* (esteroide androgénico) y experimentos con atletas para desarrollar nuevas drogas estimulantes no incluidas entre los fármacos.

El nadador Raik Hanneman, medalla de plata en los campeonatos europeos de 1989, fue claro al explicar las razones que le llevaron a doparse: *era la única forma de integrarme en los privilegios del sistema: quería un apartamento, un coche y una buena educación. Eso sólo podía lograrlo gracias al deporte.* Hanneman era un prisionero del sistema. El que se negaba al suministro de sustancias, era apartado de la elite y la posibilidad de entrenar. La saltadora de longitud Heike Drechsler, de la RDA, ha mantenido su nivel, siempre entre las mejores del mundo, después de la reunificación alemana. Ella siempre lo negó, pero se la señala como conejillo de indias del régimen. Su colega Heike Henkel, saltadora de altura, abandera una cruzada contra el dopaje: compite siempre con camisetas con leyendas como *Athletics without doping* (Atletismo sin dopaje) y *In the top without doping* (En lo más alto, sin dopaje).

En la piscina, la diáspora de deportistas autómatas que ya no baten *records,* es aún más sospechosa. Astrid Straus, ex campeona del mundo de 800 metros, obtuvo sus mejores éxitos en la pubertad. Al entrar en la veintena, su peso se disparó de forma desproporcionada. Compitió en una prueba de la Federación Internacional, y fue la primera nadadora de la RDA que descubrió el pastel que se había cocinado en la RDA en los 70 y los 80. Hasta entonces, marzo de 1992, sólo había referencias de médicos, entrenadores y nadadores, siempre referidas al pasado.

Kornelia Ender, ganadora de cinco medallas en los Juegos de Montreal 76 reconoció la posibilidad de haber consumido sustancias prohibidas, pero sin saberlo. Otras, como la ex plusmarquista mundial de 100 metros mariposa a finales de los años 70, Chistiane Knacke, reveló que llegó a tomar entre 10 y 15 píldoras diarias de esteroides: se vio obligada éticamente a declarar al comprobar los desarreglos hormonales que sufría su hija, el aborto que tuvo su compañera Andrea Pollack y las deformaciones de los dos hijos de la ex campeona mundial de 100 y 200 metros Barbara Krausse. La célebre Katrin Krabbe también perdió en marzo de 1994 el hijo que esperaba.

Otras campeonas, como Kristin Otto, que ganó seis oros en Seúl 88, negaron todo repetidas veces con cierta indignación. Pero el catedrático de la universidad de Heidelberg Werner Franke, acaba de dejarla en evidencia en el diario *Berliner Zeitung.* En un control *antidopaje* realizado por las autoridades

Mujeres de verdad

La apariencia excesivamente musculada de determinadas atletas no sólo suscita admiración. También ha planteado dudas sobre su feminidad a lo largo de la historia: la que batía una marca sensacional, o no era mujer o se dopaba. Para acabar con esos rumores y con posibles ventajas potenciales más allá de la competición el COI implantó el control de sexo en 1968. La pareja de cromosomas determinantes del sexo, la 23, decide si la atleta es efectivamente mujer (XX) u hombre (XY). El sistema es engorroso, pues requiere el raspado de la mucosa bucal en el interior de la boca para extraer la muestra. Pero así no se escapa nadie.

Se escaparon las soviéticas Tamara e Irina Press, dos estrellas del atletismo de los 60, que se retiraron justo cuando se implantaron los controles. La polaca Stella Walasiewicz fue campeona olímpica de los 100 metros lisos en 1932. Fue asesinada en diciembre de 1980, a los 69 años. La autopsia confirmó lo que hasta entonces sólo eran dudas de apariencia: tenía testículos atróficos en su organismo, que segregaban testosterona, la hormona masculina, y le concedieron ventaja al competir. Su compatriota Eva Klobukowska fue descalificada en 1967 por alteraciones cromosómicas. Era también un hombre.

En España, en los años 30, María Torredemer compitió como mujer hasta que decidió cambiar de sexo. Hoy es un hombre casado. La baloncestista Marisol Paíno se negó a pasar las pruebas en los años 70.

En los 80, la vallista María José Martínez Patiño fue sancionada en 1986, por padecer el síndrome de Morris, un caso raro que se manifiesta en desarreglos menstruales y presumible esterilidad. Fue rehabilitada dos años después.

de la RDA en Bonn, en 1989, Otto, Daniela Hunger, Dagmar Hase y Heike Friedrich, las reinas de las piscinas en los 80, superaron hasta seis veces los niveles permitidos de testosterona. Todas acabaron saturadas de medallas en aquella competición.

Tras la desaparición de la RDA, 300 médicos han emigrado a Austria, Italia, Hungría, China, Corea y España, según han denunciado algunos especialistas.

Manos limpias

Los Juegos de Seúl 88 marcan el punto de inflexión en la historia de las trampas, como apunta el doctor Juan Manuel Alonso, de la Federación Española de Atletismo. El *caso Johnson* es el más famoso, pero en aquella edición se denunció también un procedimiento que llevaba al menos dos décadas en vigor: una punción en la vejiga introduce orina limpia en el atleta que va a pasar el control *antidopaje.* La micción del entrenador cómplice es la que analizan en laboratorio. En las mujeres, para evitar el pinchazo, a veces se utilizaba un catéter.

Una variante, digna de *007,* es ocultar una pera con orina limpia bajo la axila. El atleta presiona cuando va a orinar en el control, y un tubo sale bajo el pantalón con la micción sana. Al ciclista francés Michel Pollentier le pillaron *in fraganti* en el Tour de Francia de 1978. El *prestaorina* era el mecánico del equipo.

Se han llegado a realizar transfusiones de sangre propia congelada meses antes en un entrenamiento en altura: la riqueza en glóbulos rojos y oxígeno permitirá lograr más rendimientos en pruebas de mediofondo y fondo.

El método más frecuente, con todo, es adelantarse a la prohibición. Pedro Delgado lo hizo sin proponérselo en el Tour que ganó, en 1988, por tomar probenecina para curar un constipado: era un producto prohibido por las listas del Tour y el COI, pero la Unión Ciclista Internacional (UCI) aún no tenía tipificada esa droga, que enmascara los anabolizantes en los controles: retiene la orina, con lo que disminuyen las posibilidades de dar positivo por esteroides. Si Delgado hubiese sido atleta, le habrían caído cuatro años de suspensión.

Otro ciclista, Jaime Huélamo, fue descalificado y privado de su medalla de bronce en los Juegos Olímpicos de Munich, en 1972, por hallarse en su orina restos de coramina. Su delito fue la ignorancia: la coramina aún no estaba catalogado por la UCI.

A Carl Lewis, siempre abanderado en la batalla contra el *dopaje,* le fueron detectadas hormonas del crecimiento en el mundial de Helsinki, en 1983. Entonces no estaban prohibidas. El rumor sobre su consumo pesa también sobre Florence Griffith, que se retiró en 1988, un año antes de la prohibición.

Un último truco son los diuréticos, que aceleran la eliminación de orina para hacer desaparecer los residuos *dopantes.* En algunos deportes, en los que el peso tiene especial importancia, como el boxeo o la lucha, los tramposos los utilizan para bajar de categoría.

En una reciente reunión de expertos celebrada en Alemania, federaciones internacionales como la de ciclismo, la de tenis y la de fútbol dieron largas a la homologación total del control que realizan con el del atletismo. Pronto se verán obligadas a hacerlo: en 1992 estuvo a punto de no celebrarse el torneo de la raqueta de oro y diamantes de Bruselas, uno de los más cotizados, al exigir las autoridades belgas a la Asociación de Tenistas Profesionales (ATP) la implantación de los controles.

En Estados Unidos, los deportes superprofesionalizados, como el fútbol americano, tienen una legislación *antidopaje* muy severa. Los deportistas deben agradecérselo a Lyle Alzado, un esmirriado joven que pretendía llenar sus 190 centímetros de músculo para fichar por el equipo de una gran universidad. En 1969 pesaba 86 kilos. En 1978, 135. ¿El secreto? los 50 miligramos diarios de dianabol que consumía para aumentar su masa muscular.

Consiguió su propósito: fue una gran estrella de los Broncos y los Raiders. Pero a los 41 años, ya retirado, decidió volver a los anabolizantes, por adicción, y su cuerpo no lo resistió. Falleció al poco tiempo de cáncer.

Un caso más reciente es el de Todd Marinovich, detenido en enero de 1991 por consumo y tráfico de cocaína y marihuana. Hoy, la Liga Nacional de Fútbol Americano (NFL) realiza controles obligatorios a todos los jugadores en la pretemporada y controles aleatorios a lo largo de la liga. Si un jugador da positivo en un control, se le concede el beneficio de la duda: sólo cae sobre él una multa y cuatro partidos de suspensión. Si es reincidente, se le propone una

cura de desintoxicación que, si acepta, sólo le obliga a cumplir seis meses de suspensión. Si hay una tercera vez se acaba el deporte para él. Hay quien asegura que la NFL no ha admitido al atleta Ben Johnson por su juego sucio.

La NBA, la liga de baloncesto, tiene una normativa similar. Los responsables de la competición y la Asociación de Jugadores firmaron un acuerdo que obliga a los profesionales a someterse a tratamiento médico cuando consuman droga. Si es reincidente por tercera vez, se sanciona al jugador a perpetuidad. La moralidad norteamericana concede algunos atenuantes como la confesión: si un jugador reconoce su drogodependencia, es sancionado, pero mantiene su sueldo. El jugador de los Suns de Phoenix, Richard Dumas, uno de los más destacados de la pasada temporada, no podrá cobrar nada por llevar en secreto su adicción. Dumas es reincidente: ya fue sancionado por cocaína cuando era universitario.

Entre los universitarios, la coca es moneda común. Chris Washburn fue el tercer jugador en el *draft,* la lista a la que acceden los equipos profesionales para elegir jugadores universitarios. Jugó un año con los Golden State Warriors, pero no pudo apenas jugar con los Atlanta Hawks, pues fue sancionado a perpetuidad tras recaer varias veces. De aquella lista, el segundo, Len Bias; el sexto, William Bedford, y el séptimo, Roy Tarpley han dividido su carrera entre las canchas y las clínicas de rehabilitación.

Ruedas aparte

La polémica sobre el consumo indiscriminado de sustancias dopantes en el ciclismo durante los 70 fue reabierta este invierno por el ex corredor José Manuel Fuente, ganador de dos vueltas a España (1972 y 1974) y cuatro premios de la montaña en el Giro de Italia. En una entrevista concedida al diario *El País* en noviembre de 1993 aseguraba que el propio ciclista era el que se pinchaba: *Si trabajabas para los compañeros y no luchabas por una buena clasificación, tomabas y te arriesgabas, esperando que no te tocara pasar el control antidopaje.* Según Fuente, el material más utilizado era la anfetamina (sulfatina, tenedrón, pervitín o centramina), en pastillas o por vía intravenosa.

Entonces, las anfetaminas no estaban perseguidas. En el pelotón de los 70 recuerdan que en plena carrera, sin rubor ante los aficionados, algunos corredores se bajaban de la bicicleta para inyectarse.

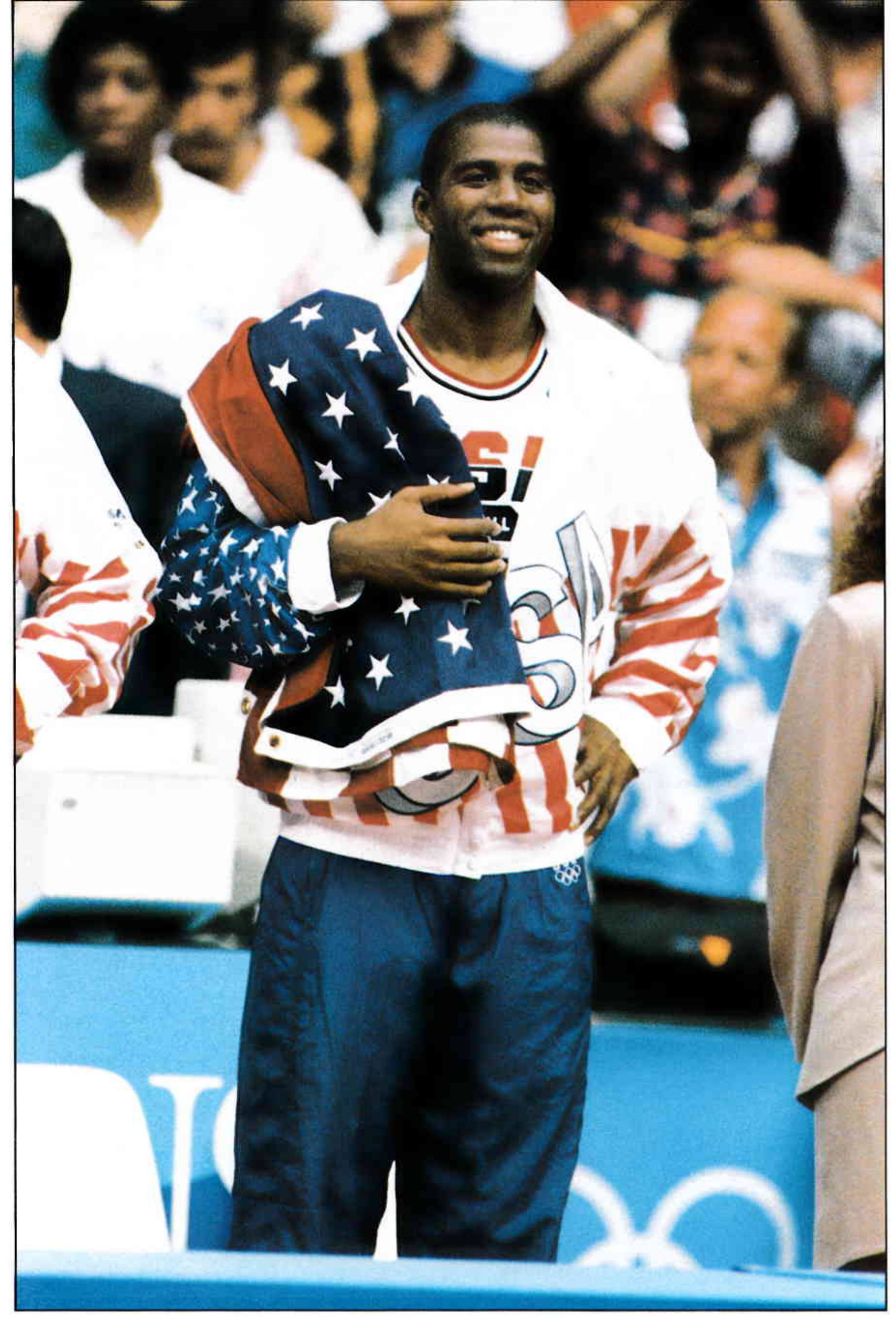
En pleno Tour de Francia de 1967, Tom Simpson falleció en la escalada del Mont Ventoux: en la autopsia le encontraron restos de anfetamina. Felice Gimondi, ganador de un Tour de Francia, dos Giros de Italia y una Vuelta a España, protagonizó dos positivos en el Giro de 1968 y otro en el Tour de 1975. En 1969, el belga Eddy Merckx, para muchos el mejor ciclista de todos los tiempos, tuvo que abandonar el Giro de Italia al detectársele estimulantes.

En España, aparte del *descuido* en el caso de Pedro Delgado en 1988, Angel Arroyo es descalificado en pleno podio de la Vuelta a España de 1982 por dar positivo. El título de esa edición recayó sobre el segundo, el vasco Marino Lejarreta. En 1990, una prueba menor, el gran premio de Albacete, desveló como consumidor de cocaína a José Recio. El ha negado que fuera un adicto.

Poco a poco, el fantasma del *doping* parece controlarse. Entre los 53.165 controles antidopaje realizados por el Comité Olímpico Internacional en 1991, hubo 380 positivos. El mayor porcentaje de fraudes se registró en una especialidad con mucha exigencia física, como el biatlon (ciclismo y carrera): de los 96 deportistas que se sometieron al control, tres dieron resultado positivo. En ciclismo, el porcentaje era del 1,08 por 100. En halterofilia, donde la masa muscular juega un papel prioritario, la cifra alcanzó los 80 casos de los 4.466 analizados.

Los gobiernos se han puesto cada vez más duros en la lucha contra el *doping.* En Dinamarca, una nueva ley prevé incluso la cárcel para el deportista que dé positivo en el control *antidoping.* Según el ministro de Salud, Torben Luud, *el dopaje causa perturbaciones físicas y psíquicas, es un atentado a la salud y una violación de los principios básicos del deporte.*

El Comité Nacional Olímpico Italiano ha aprobado el reglamento que regirá en la Comisión de Investigación sobre el Dopaje, que prevé, entre otras cosas, la reducción de la sanción al atleta *dopado* en el caso de que colabore en la depuración de responsabilidades. No se puede reprimir al atleta, el eslabón más débil de una cadena larga. En Italia, la sensibilidad sobre dopaje se ha incrementado en los últimos años, con la llegada



Earvin Magic Johson, la sonrisa de la NBA, abandonó el mundo del baloncesto por ser portador del virus VIH

de algunos casos al fútbol: los argentinos Diego Maradona y Claudio Caniggia dieron positivo por consumo de cocaína.

La aureola que suscitó la aparición del *caso Maradona* desveló por inercia otros casos, como el del boxeador norteamericano Ray *Sugar* Leonard, uno de los mejores pegadores de los años 80: confesó, al conocer la noticia, que él también había consumido coca entre 1982 y 1985, restando importancia al asuno.

Romanticismo al margen

En la base de su *revolución cultural*, las ideas del utópico barón de Coubertin sí se han perpetuado. Propugnaba que, a través del deporte competitivo, se consiguiera mejorar las cualidades corporales y el carácter del hombre como contribución de éste a la paz mundial y la comprensión humana. Tras los Juegos de Londres, en 1909, el aristócrata se asustó: *Los próximos Juegos deben ser más dignos, más discretos, más íntimos y menos caros.*

Coubertin ignoraba, como la historia, que el auge del deporte iba a permitir financiar por vía privada ediciones como la de Los Angeles, en 1984, con éxito suficiente para cambiar el ritmo en el movimiento olímpico. El 83 por 100 de la ciudad de Los Angeles había votado en contra de los Juegos, pero en la recta final la organización se granjeó las simpatías de los californianos de todo el país, a la vez que lograban financiar el proyecto: 4.000 patrocinadores pagaron 3.000 dólares por kilómetro de cada corredor voluntario con la antorcha. Eran 12 mi-

Poder negro

La superioridad de los atletas de color en algunos deportes ha sido insultante a lo largo del siglo XX. En Barcelona 92, sin ir más lejos, 22 de las 26 medallas obtenidas por los atletas norteamericanos se las colgaron atletas de color. Las pruebas de velocidad convocan a ocho atletas de color en la final desde Munich 72, cuando ganó un blanco, el soviético Valery Borzov, en los 100 y 200 metros. Otros antecedentes se pierden en el romanticismo: Harold Abrahams, personaje que encarna la película Carros de fuego, *ganó en los Juegos de París, en 1924.*

Salvo puntuales excepciones, las pruebas de velocidad se nutren de atletas negros. Algunos proceden del Occidente africano (Namibia y Nigeria siempre han dado grandes velocistas), y la mayoría, de Norteamérica.

Esta hegemonía reproduce los movimientos migratorios en la historia: las cualidades del litoral africano son heredadas, e incluso aumentadas con el mestizaje, por los velocistas norteamericanos, que dominan entre los 100 y los 400 metros. El centro y la costa este del continente africano, en cambio, producen grandes fondistas. El fenómeno tiene respaldo científico: los keniatas, por ejemplo, tienen alrededor del cuádriceps más capilares y más mitocondria, el motor que produce energía en los músculos, por la gran altura sobre el nivel del mar a la que entrenan. Ese superávit de oxígeno les hace correr ligeros como plumas en la competición.

El récord de salto de longitud (8,95 metros) lo tiene un negro, Mike Powell, que se lo quitó en 1991 a otro estadounidense de color, Bob Beamon, su dueño desde 1968. El cubano Javier Sotomayor domina en salto de altura desde hace varios años. También es negro.

En otros deportes, como el baloncesto, su dominio es abrumador: los ocho negros del equipo norteamericano que jugó en Barcelona 92 obtuvieron el 77 por 100 de los puntos, frente al 23 por 100 de los cuatro blancos. El doctor Delfín Galiano, del equipo Juventud de Badalona, ha hecho un riguroso estudio al respecto. La escasez de grasa en la masa muscular, junto con la gran longitud del tendón de Aquiles, conceden ventaja al negro en el salto, según él.

En el boxeo, por último, los negros dominan las categorías altas, a partir de los 70 kilos, cuando empieza el boxeo de verdad. Holyfield, Bowe, Tyson, Lewis, actuales dominadores en los pesados, y Clay, Foreman, Spinks o Holmes, sus legendarios antecedentes, son negros.

Los especialistas explican la ausencia de nadadores de color en la elite por la densidad de su tejido magro, mayor que la del blanco y por la estatopigia, acumulación de grasa en las nalgas, que facilita el salto, pero dificulta la natación. En otros deportes cuya práctica depende de un artilugio, como el tenis, el salto con pértiga, el ciclismo o el golf, la presencia negra es testimonial. Pero ahí inciden factores sociales y culturales históricos.

llones de dólares que luego destinaron a fines benéficos. Unos 44 millones de norteamericanos se acercaron a los arcenes para aplaudir el paso de la llama.

Se precisaban 470 millones de dólares (47.000 millones de pesetas de entonces) para financiar los juegos, y la *tarta* sentó un precedente que ha marcado los presupuestos de Seúl 88 y Barcelona 92: los derechos de televisión se tasaron en 250 millones de dólares; los patrocinadores aportaron 115; la venta de entradas supuso 85 millones y las licencias comerciales, 14 millones.

Coubertin encontró otro aliado para su dogma de Juegos, Paz y Solidaridad. El progreso, en este campo, se convirtió en aliado de los postulados del aristócrata francés. Gracias a la televisión, 3.500 millones de telespectadores siguieron los Juegos Olímpicos de Barcelona desde su casa. Dos años antes, la final del campeonato del mundo de fútbol Italia 90 fue seguida por 1.060 millones de personas, más del doble de los que presenciaron la llegada del hombre a la Luna, en 1969, y tres veces más que la audiencia de la boda de los príncipes de Gales, en 1981, dos hitos en la historia de la televisión moderna.

Hay, eso sí, una imposición tecnológica dictada por los tiempos: en 1992 había en todo el mundo mil millones de receptores. En 1996, cuando el circo olímpico visite Atlanta, habrá un parque estimado de 1.300 millones de aparatos.

Televisión y deporte se necesitan mutuamente. El desarrollo de una coincide con la evolución del otro, y la parafernalia que rodea a uno no sería posible sin la sofisticación imparable e imprevisible de la otra. Desde mitad del siglo XX, cada edición de los Juegos Olímpicos ha marcado un paso más en la evolución tecnológica traducido en *records* de audiencia. El progreso ha sido vertiginoso.

En Melbourne 56 se produce la primera retransmisión televisiva de algunos acontecimientos a toda la ciudad sede. Cuatro años después, en Roma, se consigue por primera vez una emisión directa. La CBS norteamericana transmite veinte horas de programación, con un sistema rudimentario: cintas de vídeo llegan por vía aérea para recoger en diferido lo más destacado de la jornada olímpica.

Los juegos de Tokio, en 1964, utilizan ya sistemas de transmisión por satélite y obligan a la consolidación del diferido: los desfases horarios limitan la simultaneidad comunicativa del planeta. Los ingresos por derechos de televisión superan por primera vez el millón de dólares (1.577.778, unos 200 millones de pesetas de 1994), lejos de los 609 que significaron para el Comité Organizador de Barcelona 92 y de los 875 (122.500 millones de pesetas al cambio de hoy) en que salieron a la venta los de Atlanta 96.

Los Juegos de Munich, en 1972, consolidan la televisión en color y el uso del vídeo. La audiencia de esta edición, la de las siete medallas de oro del nadador norteamericano Mark Spitz y la matanza de dieciocho israelitas a manos de un comando palestino, alcanzó ya los 900 millones de espectadores. Hubo 67 horas de emisión olímpica, tres menos que en Montreal 76. En Canadá intervinieron cuatro satélites *Intelsat:* dos en el Atlántico, uno en el Indico y otro en el Pacífico.

En Moscú, en 1980, se superan los 100 millones de dólares de derechos de televisión. Entonces, esta cifra significaba el 95 por 100 del *pastel* económico de los Juegos. Ahora, ese concepto no supera el 50 por 100. La otra mitad, entre 1989 y 1992, procedió de los patrocinadores, en un 38,6 por 100, y de la venta de entradas, en un 5,4 por 100. De los *souvenirs* y otros productos autorizados, el 6 por 100.

Pero el verdadero punto de inflexión se produce en Los Angeles 84, donde la cadena norteamericana ABC se convierte en la principal patrocinadora de los Juegos. La espectacularidad de las ceremonias de apertura y clausura marcó la entrada en el siglo XXI, según los analistas. Las cifras, también: la organización ingresó 276 millones de dólares (38.640 millones de pesetas al cambio actual) en concepto de derechos de televisión.

En el siglo XXI

Seúl 88 inicia la incursión en la televisión de alta definición y el imperio de la fibra óptica que alcanza la mayoría de edad en Barcelona 92, donde se baten todos los *records:* derechos de televisión (650 millones de dólares), horas de televisión producida (2.500), audiencia (3.500 millones de telespectadores) y calidad de las emisiones.

Los Juegos Olímpicos son el acontecimiento deportivo más importante. Por el evento en sí, que logra concentrar a los me-

jores atletas del mundo, y por la bocanada de progreso que representa para la ciudad organizadora. Para los Juegos de 1988 hubo cinco precandidatas. Para los de 1992, que ganó Barcelona, 13, y para los del año 2000, que organizará Sydney, siete.

También son el acontecimiento más masivamente seguido, como demuestran las estadísticas: el campeonato del mundo de fútbol, el teórico deporte rey, apenas llega a la mitad. Los Juegos, según algunos estudios de audiencia, tienen un impacto tres veces mayor que el torneo de tenis de Wimbledon, cuatro veces más que el campeonato más seguido de fórmula 1 y seis veces más que el Tour de Francia y la final de fútbol americano, la Superbowl.

La evidencia de los datos hizo al mismísimo Juan Antonio Samaranch, el presidente del COI, replantearse el regreso del tenis a la Carta Olímpica. El argumento del profesionalismo no era ya muy coherente. No tenía mucho sentido que Carl Lewis ganara 20.000 dólares por segundo en un mitin de atletismo y el sueco Stefan Edberg o el alemán Boris Becker, que pueden percibir en un torneo de segunda categoría 50 millones de pesetas, no pudieran disfrutar del ambiente en la Villa Olímpica. El tenis regresó a los Juegos en Seúl 88, y la reacción de los tenistas fue variopinta. Hubo quien acudió a pasearse a Seúl y Barcelona, pues la ausencia de premios desmotiva, y otros, que, como Edberg, aseguran que jugar sin dinero es suficiente motivación: *Juego con menos presión, más relajado y a gusto. Hoy por hoy, esto no es Wimbledon, pero quizá en el futuro será algo más*, dijo.

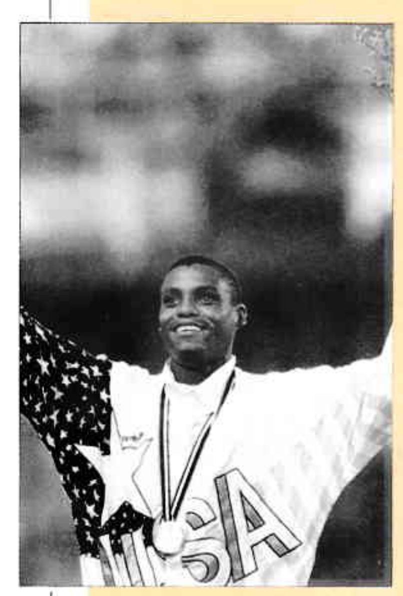
El regreso del tenis a los Juegos fue aplaudido por millones de aficionados de todo el mundo. Pero, afortunadamente para el espectador, para la televisión no sólo existen los Juegos Olímpicos.

La citada Superbowl, que enfrentó en su edición de 1994 a Dallas Cowboys y Buffalo Bills, fue seguida en todo el mundo por 750 millones de personas gracias a 64 cámaras que dispuso la cadena norteamericana NBC en todo el estadio Georgia Dome de Atlanta.

La infraestructura que ofrecerá el país americano al fútbol europeo en el campeonato del mundo de fútbol el próximo verano no tendrá seguramente tan febril acogida: aunque la superpotencia pujó por la organización del acontecimiento con el fin de introducir el *soccer* entre el gran público, su éxito no va más allá de las *high schools* y universidades, donde se practica con destreza, sobre todo entre la población hispana.

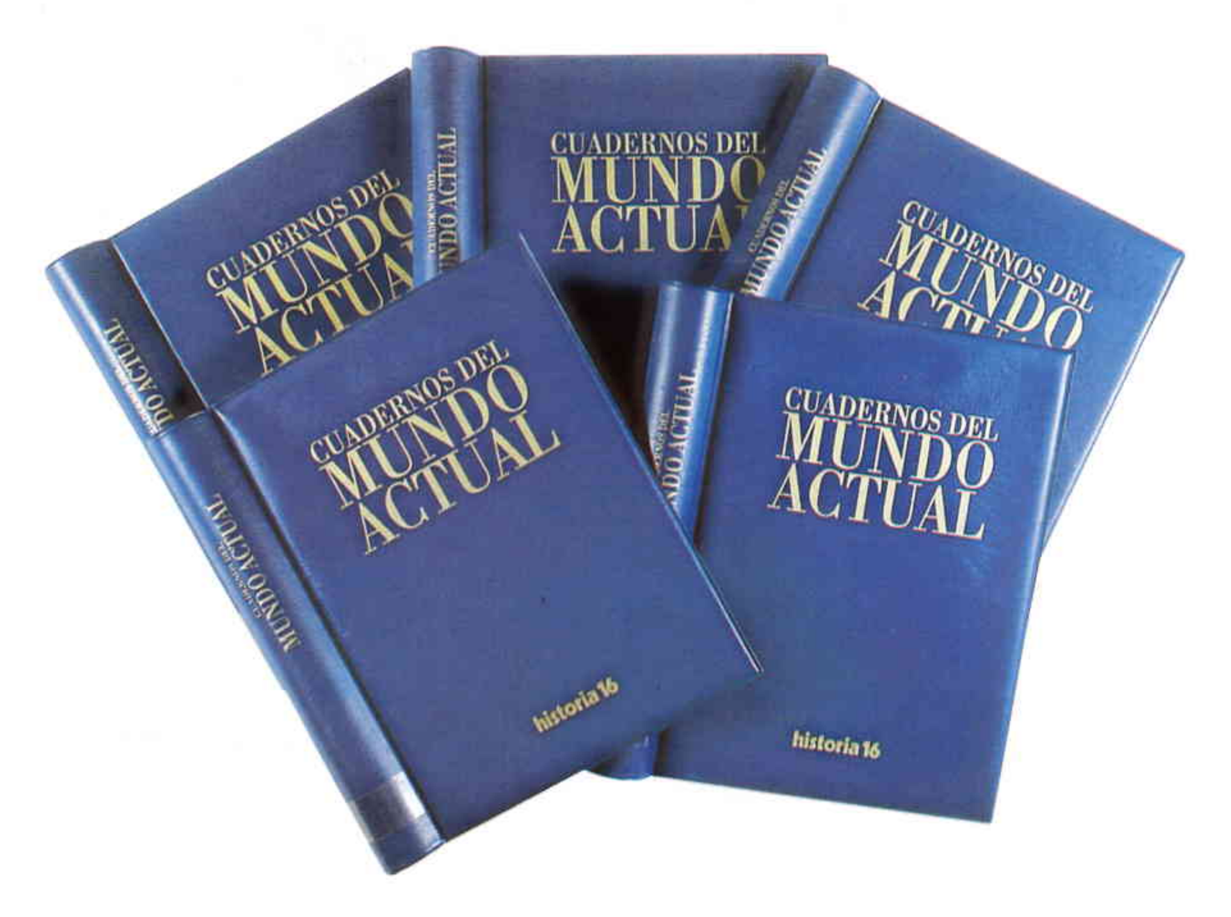
La carencia de interés contrasta con el de otros países occidentales, como España, donde el programa de televisión más seguido en 1993 fue un partido de fútbol: el España-Dinamarca del 17 de noviembre, que significó la clasificación de la selección na-

Carl Lewis



A Frederick Carlton Lewis le marcó la cuna en la que nació el 1 de julio de 1961. Su padre fue jugador de fútbol americano y su madre saltadora de vallas. Su hermano Cleve jugó al fútbol europeo, Mackie fue *record* de Alabama en 200 yardas, y la pequeña Carol fue saltadora de longitud. De ella, que toca siete instrumentos, heredó su pasión por la música. Lewis hizo ballet, estudió música y grabó un disco de rock, *En busca del oro,* que incluso promocionó por Japón, mientras se recuperaba de una lesión, en 1985. Afortunadamente para la historia, se impuso la herencia física sobre la musical. Según los expertos, Lewis es el mejor atleta de todos los tiempos. Tiene el record mundial de los 100 metros lisos, ocho medallas olímpicas y siete campeonatos del mundo. Sólo se le resiste la hegemonía en el salto de longitud, aunque estuvo diez años sin conocer la derrota en la prueba, con 66 victorias consecutivas, y obtuvo promedios de 8,73 metros en sus diez mejores concursos. En los Campeonatos del Mundo de Tokio, en 1991, incluso se quedó a tres centímetros del mítico *record* de Bob Beamon, 8,90 metros. Pero su compatriota Mike Powell, la primera vez que se acercó a Lewis, fue para sacarle cinco centímetros al mito Beamon. A Lewis le queda un honroso consuelo, el de su longevidad: lleva 13 años en la élite sin perder la forma.

Para consultarlos mejor



Desde hace algunas semanas hemos puesto a la venta en los quioscos las TAPAS para autoencuadernar los CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL. El precio de venta al público de cada tapa es de 950 pesetas. Si usted prefiere recibirlas cómodamente en su casa (sin gastos de envío) basta que rellene el cupón adjunto. El pedido mínimo debe ser de cinco tapas.

Recorte este cupón y envíelo a: HISTORIA 16. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Deseo recibir cinco tapas de CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL por un importe total de 4.750 pesetas.
La forma de pago que elijo es la siguiente:

☐ Talón adjunto a nombre de INFORMACION E HISTORIA, S. L.

☐ Giro postal a INFORMACION E HISTORIA, S. L. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid.

Don: ....

Calle: ....

D. P.: .... Localidad: ....

Esta oferta es válida sólo para España.

cional para el campeonato de Estados Unidos, atrajo el interés de casi 12 millones de personas. En 1992, por poner un ejemplo comparativo, el programa más magnético fue un *show* del dúo *Martes y trece, Que te den concurso*, seguido por 10,5 millones de espectadores.

El fútbol es garantía de audiencia para las televisiones, que recurren a él hasta la saturación. En la temporada 1992-1993, 629 partidos fueron retransmitidos por los 11 canales de televisión nacionales, públicos o privados. Así, había comunidades autónomas como La Rioja, en las que se recibe la señal de diversas cadenas autonómicas circundantes, que podía mantener al espectador sentado ante el televisor durante ocho partidos seguidos o simultáneos en una tarde.

Freno al gigantismo

El deporte de masas no sólo convoca masas en las gradas y ante el televisor. También en el estadio, en la cancha o en la piscina. La masificación y el gigantismo de los Juegos Olímpicos, que en Barcelona congregaron a 172 países, y la propia evolución del espectáculo, que lleva a las cadenas de televisión a pagar muchos millones por los derechos de retransmisión, obliga a una purga orientada de forma inevitable hacia la elite.

La seguridad de los Juegos y la propia organización son inversamente proporcionales al número de atletas. En Seúl 88, por ejemplo, había 67.000 responsables de seguridad en la final de la prueba de maratón, que transcurrió por la ciudad, lo que situaba a un policía exactamente cada dos pasos. En Barcelona 92, con apenas la mitad de agentes, fue preciso reducir las plantillas de otras ciudades de España.

La masificación, por tanto, suele acarrear problemas de organización. Para evitar que el sistema confunda selección con discriminación, el Comité Olímpico Internacional se propone hablar de presencia, no de participación. En Atlanta 96 se pretende limitar la participación en los deportes individuales, como en los de equipo, donde ya hay plazas acotadas. En baloncesto o en waterpolo, por ejemplo, se acude a los Juegos después de ganarse la plaza en un exigente torneo preolímpico. En otros, como el fútbol, el COI se encuentra en una difícil tesitura.

Futuro y salud

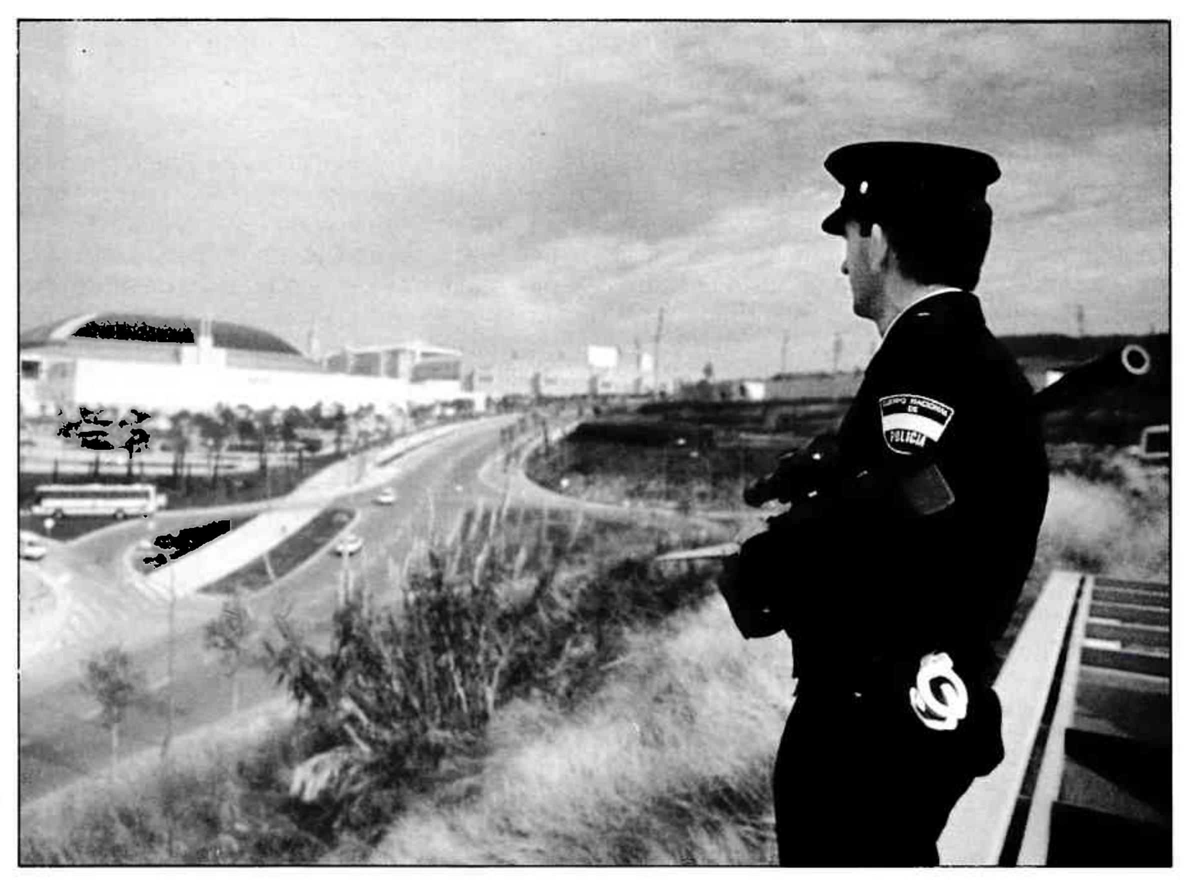
Las nuevas tecnologías y el avance de la medicina deportiva permiten a los atletas conocer al máximo sus posibilidades físicas. Gracias a Miguel Induráin, el mejor ciclista español de todos los tiempos, el gran público conoce conceptos tan farragosos como el consumo máximo de oxígeno, el umbral anaeróbico y la potencia máxima: fuera de Villava, la localidad navarra que le vio nacer hace 29 años, se conoce al dedillo que Induráin puede imprimir 550 vatios de potencia en cada pedalada, y que es capaz de mover un desarrollo con 55 dientes en el plato y 12 en el piñón de su bicicleta, lo que le permite avanzar 9,79 metros por pedalada. Son algunos de los estudios que trascienden del minucioso equipo médico y técnico que le trata en la Clínica Universitaria de Pamplona.

Se sabe que Ronald Koeman, el futbolista holandés del Barcelona, impulsa el balón a 120 kilómetros por hora, bastante menos que los 206 que coge la bola de tenis en el saque del alemán Michael Stich y el español Jordi Burillo.

En los modernos centros de alto rendimiento se analizan desde el incremento o el descenso de parámetros como las fibras de contracción rápida de los músculos (aptas para las carreras de explosión) hasta las posibilidades de salto de un atleta o las causas de una baja forma momentánea. Hay máquinas de fuerza, simuladores, túneles del viento, y toda una infraestructura para crear al atleta cibernético.

El deporte levanta pasiones y suscita el interés de los científicos. Hay psicólogos, sofrólogos e instructores de todas las fórmulas de relajación que viven exclusivamente del deportista, y son casi tan populares como él. El doctor Conconi se ha labrado un prestigio al controlar la evolución de ciclistas como Moser, Induráin o Bugno.

El español Mariano Espinosa llevó la preparación sofrológica de varios deportistas españoles para los Juegos de Barcelona, y ahora entrena las neuronas de la tenista norteamericana Mary Jo Fernández. El psicólogo Emilio Cidad se hizo popular tras entrar en el vestuario del Real Madrid. No meten goles ni logran records, *pero también dependen de los éxitos de sus clientes-pacientes.*



Un policía vigila las instalaciones deportivas de Barcelona durante la celebración de las Olimpiadas

Pretende mantener el interés permitiendo jugar a futbolistas profesionales menores de 23 años —y en Barcelona 92 lo consiguió, con 100.000 personas en el estadio del Nou Camp en la final España-Polonia—, pero choca con otros objetivos, como la reducción de la masificación —en Atlanta 96 habrá sólo 16 equipos de fútbol, 320 jugadores— y la solapación con torneos más prestigiosos e importantes, como el campeonato del mundo.

Se invitará a dos atletas por cada país que no participe por falta de posibilidades. Es una variante de la ayuda que el COI ha ofrecido en los últimos tiempos a los países con menos posibilidades, a través del Fondo Solidaridad Olímpica.

Puede haber cierta merma en la calidad de algunas pruebas con esta medida. Si los tres mejores especialistas pertenecen al mismo país, por ejemplo, evitar la participación del tercero, según esta norma, limita el espectáculo, que es hoy por hoy el objetivo último de la cita Olímpica. Pero también es cierto que algunos deportes, como el atletismo y la natación, han introducido nuevas pruebas, que requieren nuevos especialistas y aumentan el número de pruebas. En Seúl 88, por ejemplo, de los dieciséis competidores que lograron tres o más medallas, trece procedían de natación y gimnasia.

En los Juegos coreanos hubo 13.784 participantes, y en Barcelona 92, más de 15.000. Si se aplicase la Carta Olímpica al pie de la letra, si todos los comités olímpicos nacionales tomaran parte con equipos completos en todos los deportes, la cifra rondaría los 79.000 participantes. Pero el COI tiene intención de limitar a 10.000 la participación máxima. En Atlanta puede haber 190 ó 195 miembros adscritos al COI, y la limitación de deportes se presenta como solución más pragmática y factible.

El boxeo ha recibido muchas críticas como deporte olímpico, y otras pruebas, como el pentatlon moderno, carecen de interés para el gran público y la televisión y resultan poco rentables para la publicidad. Otros deportes no hacen nada por modernizarse o hacerse atractivos y parecen condenados a la salida de los Juegos Olímpicos.

El propio Juan Antonio Samaranch duda y lucha por adaptarse a los tiempos: *La esgrima, por ejemplo, incluye la máscara de*

gasa ante la cara y uniformes de color blanco que impiden al espectador distinguir a los participantes, incrementar su interés. Algunas pruebas de lucha libre son obsoletas, pero reparte 20 medallas de oro. El dirigente español duda que la práctica de deportes como el tiro con arco esté tan extendida como para mantenerse en el programa olímpico.

Los deportes de exhibición, habitual consuelo en el medallero para el país organizador, desaparecerán en Atlanta 96, en beneficio de otros más atractivos para los patrocinadores, como el millonario golf o el rudo ciclismo profesional, donde la presencia de figuras como Miguel Induráin es una garantía de audiencia. De momento, en los Juegos de Atlanta 96 habrá una prueba contrarreloj en la que habrá algunos ciclistas profesionales.

Un invitado ingrato

En la década de los años sesenta, un nuevo invitado se sumó a la gran fiesta del deporte: la violencia en los espectáculos deportivos. Tribus urbanas que ritualizan el alcohol, enfrentamientos nacionales y nacionalistas, reinvidaciones sociales, todas las viejas y bajas pasiones humanas encuentran acomodo sobre todo en el campo de fútbol. La escalada se traduce en estadísticas siniestras: muertes y detenciones salen a escena con lamentable insistencia.

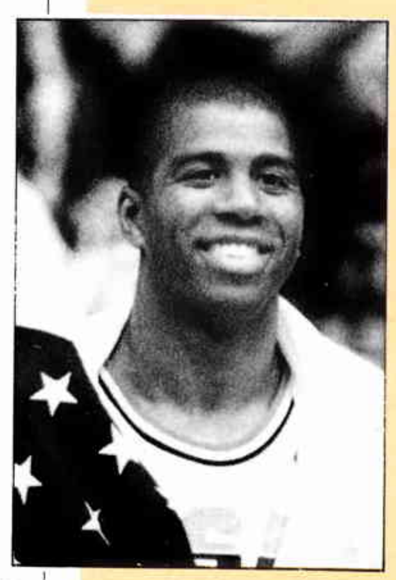
Los historiadores escarban en los orígenes de algunas especialidades para rescatar los antecedentes del fenómeno. Algunos citan tumultos en Roma tras espectáculos circenses. Otros, como Guttman, aseguran que los excesos de los hinchas ingleses y latinoamericanos son casi inocuos con los desmanes que se producían en el Imperio Bizantino, con frecuentes intervenciones del ejército para restaurar el orden.

Incluso la prohibición actual de consumir alcohol en los partidos de fútbol tiene procedencia muy antigua: en el año 450 antes de Cristo, en el estadio de Delfos, para prevenir las alteraciones de orden que pudieran ocasionar los espectadores excesivamente embriagados.

La espiral es tan perversa que todos los países europeos han creado comisiones gubernamentales que velan por la seguridad en los terrenos de juego: ya hay sentencias contra espectadores culpables de agresión a otras personas.

Los jóvenes protagonizan la mayoría de actos desalmados. Los sociólogos lo explican por la necesidad de hacerse valer y la búsqueda de un cierto prestigio en el grupo de iguales. Hay diferentes estilos con un mismo fin: *skinheads, punks, rockeros*... hacen suya la hegemonía en la grada por la

Earvin *Magic* Johnson



Earvin *Magic* Johnson, la sonrisa de la NBA, dejó al mundo del baloncesto sin su talento el 7 de noviembre de 1991. Ese día confesó que era portador del virus VIH, causante del sida, y cambió la bandera de Los Angeles Lakers, su equipo de toda la vida, por la de la lucha contra la plaga del siglo XX. Atrás quedaban tres nominaciones como mejor jugador de la NBA, cinco anillos de campeón, una medalla de oro olímpica y la herencia de Wilt Chamberlain y Kareem Abdul Jabbar, dos de las leyendas vivas de este deporte. El mejor consejo lo recibió de sus padres: *Disfruta de la vida,* le dijeron, y lo aplica siempre que puede. Por eso, el gusanillo le vence con frecuencia: en Barcelona 92 formó parte del equipo nacional de Estados Unidos, el *Dream team* —Equipo de ensueño—, que obtuvo la medalla de oro, no sin superar un agrio debate mundial sobre la posibilidad de un contagio en la cancha. Era una de las primeras manifestaciones de su actual vocación: divulgar y prevenir la difusión de la enfermedad, que encontró a uno de sus más carismáticos y efectivos luchadores. Johnson es fajador: se confiesa admirador de Ray *Sugar* Leonard, uno de los mejores boxeadores de la historia. En marzo de 1994, *Magic* volvió a pisar una cancha de baloncesto, esta vez para dirigir desde el banquillo a los Lakers, que nunca ha vuelto a ser el equipo de ensueño que fue con él en el campo.

Equipo norteamericano ganador de los 4 × 100 en las Olimpiadas de Barcelona (arriba). Final de los 100 metros lisos en las mismas Olimpiadas. La superioridad de los atletas de color en estas pruebas es abrumadora



El color del dinero

La revista Forbes, *espejo de la pasión norteamericana por las encuestas y las estadísticas, elabora cada año un ranking de ganancias entre los deportistas de élite. El líder de 1993, el baloncestista Michael Jordan, ya se ha retirado. Ningún futbolista figura entre los 30 primeros. El más rico, el italiano Roberto Baggio, del Juventus de Turín (Italia), se embolsa, sólo en concepto de salario, unos 450 millones de pesetas anuales. En la siguiente clasificación aparecen los ingresos de 1993 en millones de pesetas. Entre paréntesis, desglosados en sueldo y publicidad.*

1. Michael Jordan (baloncesto, EE.UU.) 5.040 (560+4.480).

2. Riddick Bowe (boxeo, EE.UU.) 3.500 (3.220+280).

3. Ayrton Senna (automovilismo, Brasil) 2.590 (1.960+630).

4. Alain Prost (automovilismo, Francia) 2.240 (1.680+560).

5. Georges Foreman (boxeo, EE.UU.) 2.212 (1.750+462).

6. Shaquille O'Neal (baloncesto, EE.UU.) 2.128 (462+1.666).

7. Lennox Lewis (boxeo, EE.UU.) 2.100 (1.960+140).

8. Cecil Fielder (béisbol, EE.UU.) 1.778 (1.736+42).

9. Jim Courier (tenis, EE.UU.) 1.764 (504+1.260).

10. Joe Montana (fútbol americano, EE.UU.) 1.610 (700+910).

15. Primera mujer: Steffi Graf (tenis, Alemania) 1.372 (392+980).

fuerza. La única terapia es el tiempo: el joven ultra más violento se vuelve dócil con los años, como lo hace el deportista más agresivo.

El fenómeno tiene su origen en Inglaterra, y es exportado por sus inventores, los *hooligans*. Lo demostraron los del Liverpool en su más famosa gesta: la excursión a Bruselas, en mayo de 1985, para presenciar la final de la Copa de Europa que enfrentaba a su equipo frente al Juventus de Turín. La acometida de los hinchas ingleses contra los italianos provocó la huida de éstos, que encontraron las vallas en su camino: el incidente se saldó con 39 muertos y 600 heridos.

Los 26 detenidos, según sus guardianes en Bruselas, eran personas normales, adolescentes tranquilos. Había entre ellos incluso algunos adultos: un funcionario del Ministerio de Finanzas, un asistente sanitario y un obrero de la construcción. La policía de Liverpool disipó pronto las dudas de sus colegas belgas. Los detenidos no eran, como pensaban éstos, los líderes del colectivo: los verdaderos cabecillas eran 15 individuos que aparecían en las filmaciones y no fueron identificados nunca.

Seguramente encajaban en el prototipo de *hooligan:* de clase obrera, gran bebedor de alcohol y presuntamente marginado por la sociedad. En los viajes al extranjero encuentran su teatro de operaciones, como resume Bill Buford, un periodista norteamericano afincado en Gran Bretaña, que ha seguido a los hinchas del Manchester United durante ocho años, entre 1982 y 1990. Ha viajado por Gran Bretaña, Italia, Turquía, Grecia y Alemania y ha compilado su experiencia en el libro *Entre los vándalos*, donde resume la simpleza del decálogo de valores que inspiran a los bárbaros: la cerveza, la Reina, las Islas Malvinas, Margaret Thatcher, las películas bélicas, los monos de aviador caros, ir al extranjero... y sobre todo, ellos mismos. *Lo que más les gustaba* —recuerda Buford— *eran ellos mismos, y lo que menos, el resto del mundo. El resto del mundo es un sitio bien grande, y sus habitantes, los extranjeros, son en esencia desconocidos (...) Los extranjeros eran seres disminuidos, sobre todo si se trataba de extranjeros de piel oscura, por no mencionar a extranjeros de piel evidentemente negra que además se proponían venderte alguna cosa. Esos eran los peores.*

En efecto, el fenómeno *ultra* encuentra en el racismo su mejor expresión. En Gran Bretaña, Alemania e Italia los incidentes con futbolistas extranjeros se suceden. El negro John Barnes suscitó todo un debate en la ciudad de Liverpool a su llegada al equipo, a comienzos de los ochenta. Los holandeses de color Rijkaard y Gullit han cosechado diferentes muestras de rechazo fuera de la ciudad de Milán, en cuyo equipo más representativo han jugado durante seis años. En 1989, el israelí Rosenthal se vio obligado a abandonar Udine, la capital de Friuli, en el norte de Italia, con implicaciones históricas

en Austria y Alemania, pues los hinchas del Udinese le amenazaron con pintadas:

—*Rosenthal, vete al horno.*

—*Fuera los judíos de Friuli.*

Rosenthal siguió los pasos del peruano de color Jerónimo Barbadillo, al que le acosaron también las pintadas.

En la península italiana, el fenómeno nacionalista y el enfrentamiento norte-sur no está exento de racismo. Los *tifosi* del norte reciben a los napolitanos con leyendas del tipo: *Bienvenidos a Italia, El humo y el napolitano contaminan Milano* o *Terroni* —paletos—, *lavaros*. Y en la devolución de visita, en Nápoles se puede leer *Mejor un aborto hoy, que un veronés o un milanés mañana.*

El ambiente allana el terreno a la crispación, al enfrentamiento violento, sobre todo tras la irrupción de tribus como los *skinheads.*

El rosario de actos violentos es escalofriante. Hasta 1946, las necrológicas del fútbol se nutrían de tragedias como derrumbamientos de muros y tribunas. Pero en ese año, en la cuna del fútbol y la violencia, Inglaterra, hay 44 muertos en el Bolton Wanderers-Stoke City, a consecuencia de peleas multitudinarias entre hinchas. El fenómeno se exportó pronto: en 1964, en Lima, un Perú-Argentina se salda con 320 muertos y mil heridos por los gases lacrimógenos que lanzó la policía contra la multitud que había iniciado un enfrentamiento masivo por un gol anulado.

En la historia más reciente, la tétrica estadística tiene acento inglés: además de la final de la Copa de Europa de 1985, en Bruselas, en Sheffield (Inglaterra), cuatro años más tarde, la policía permitió la entrada de hinchas sin entradas en un Nottingham Forest-Liverpool, con el estadio lleno. Fallecieron 95 personas aplastadas contra las vallas.

También hay catástrofes *naturales* de este tipo fuera de las islas y su área de influencia. En El Cairo, en 1974, 80.000 personas pretendieron entrar a un estadio con cabida para 40.000, lo que provocó que se derrumbase el graderío, provocando 48 muertos y 47 heridos. En 1981, en Colombia, se desploma una pared en el partido Deportes Tolima-Deportivo Cali. Mueren 18 personas.

En el mismo siniestro año 1985 fallecieron 53 espectadores en el viejo estadio de Bradford en un incendio. Las puertas del estadio estaban cerradas.

En España, el fanatismo ultra ya se ha cobrado una muerte: la del seguidor del Español de Barcelona Frederic Rouquier, que fue atacado a la salida del estadio por simpatizantes de los *Boixos Nois,* la peña ultra del Barcelona.

Manuel García Ferrando abordó una tipología de los hechos violentos en el deporte español entre 1975 y 1985: de los 6.011 que registró, casi el 90 por 100 se habían producido en campos de fútbol. La causa más frecuente es la agresión entre jugadores. Pero el 30 por 100 fueron lanzamientos de objetos al terreno de juego y uno de cada diez fue una agresión al árbitro.

Sólo entre 1980 y 1985 hubo 42 víctimas por impacto de objeto lanzado desde la grada. La Fifa y la Uefa han prohibido la entrada al estadio de productos de la industria pirotécnica, que causaron un muerto en Cádiz en 1985 y otro en Barcelona, en el estadio del Español, en 1992.

En otros deportes, como el baloncesto, es frecuente la invasión del campo por parte de los espectadores, dada la mayor cercanía entre la grada y la cancha. De las 152 registradas en esa década, 33 se produjeron en campos de baloncesto. Poca cosa frente a los 106 *espontáneos* del fútbol. Violencia y *doping* son los invitados menos gratos a la fiesta del deporte. En el orden de prioridades, figuran subrayados con trazo grueso por los amantes del juego limpio. Algunas reglas tienen más de 2.000 años de historia, y nada exógeno ha conseguido cambiarlas.

B I B L I O G R A F I A

Buford, B.: *Entre los vándalos.* Barcelona, Ed. Anagrama, 1992.

Cancio, M.: *Sociología de la violencia en el fútbol.* Cuadernos de Ciencias Sociales, Artísticas y de la Naturaleza. Santiago de Compostela, Ed. Fudec., 1990.

García Ferrando, M.: *Aspectos sociales del deporte. Una reflexión sociológica.* Madrid, Ed. Alianza, 1990.

Miller, D.: *Revolución Olímpica. Biografía olímpica de Juan Antonio Samaranch.* Barcelona, Ed. Península, 1992.

Yagüe, F.: *Historia de las Olimpiadas.* Barcelona, Ed. Plaza & Janés-Cambio 16, 1992.

CUIDA

e l

Ozono

